

Sobre Argelia*

1. DISCURSOS DEL GENERAL CHARLES DE GAULLE

Reproducidos por Le Monde. Lunes 19 de junio de 1962

EN BESANÇON: FRANCIA DEBE TENER SU ALMA Y SUS MEDIOS

En Argelia, el cruel problema que se nos plantea en realidad desde hace ciento treinta y dos años, con altas y bajas, y que nunca habíamos resuelto, está superado.

“...Todavía hay crímenes, robos e incendios que atrasan el momento en que pueda establecerse esta operación. Pero estoy seguro del triunfo del sentido común y de que no está lejano el día en que las dos comunidades argelinas se junten para hacer que su país viva y progrese.

“Esta cooperación la logró Francia con otros países en África, con los antiguos territorios que vinieron de la Unión francesa¹ y luego de la Comunidad,² y que tomaron en sus manos sus asuntos, pero que siguen estando relacionados con nosotros, y nosotros con ellos, más de lo que nunca lo habíamos estado. Ésa es la obra humana de Francia.

“La necesidad de construir la paz es inmediata y se llama alianza del mundo libre. Pero en esta alianza, que llamamos atlántica y a la que somos fieles en tanto no haya desaparecido la amenaza, es necesario que Francia sea ella misma, que no se disuelva en tal o cual organismo en el que ya no sería lo que es. Es necesario que tenga su alma, sus medios, es decir, sus medios de defensa, su política, es decir, sus medios de acción. Nosotros, los franceses, hemos superado todo tipo de odios, de suspicacias, e incluso de

* Traducción de Arturo Vázquez Barrón.

¹ Unión francesa: nombre dado, de 1946 a 1958, al conjunto formado por la República francesa y los territorios y Estados asociados de ultramar. (N. del T.)

² Comunidad: asociación que reemplazó a la Unión francesa, formada en 1958 por Francia, las Provincias de ultramar (DOM), los Territorios de ultramar (TOM) y diversos Estados africanos que eran antiguas dependencias francesas. Sus instituciones dejaron de funcionar a partir de 1960. (N. del T.)

desconfianzas, que manteníamos respecto del pueblo vecino, del gran pueblo alemán, que a menudo nos ha hecho sufrir con doctrinas excesivas y criminales y con sus armas. Hay que decir que, en otros términos, nosotros también los habíamos hecho sufrir. La reconciliación de estos dos grandes pueblos, Alemania y Francia, esta reconciliación es sentimentalmente un hecho casi consumado.

“Tenemos la prueba de esto en el hecho de que, en algunos días, un gran hombre de Europa, el canciller Adenauer, en respuesta a nuestra invitación, hará una visita oficial a nuestro país. Aprovecho para decir que se le recibirá con la consideración, el respeto y la amistad que merece.

“También se requiere una unión política de estos Estados de Europa, tan distintos y por tan largo tiempo opuestos. Para esta unión política, Francia ha propuesto como inicio una forma de cooperación organizada de los Estados, de los gobiernos de estos Estados, de sus asambleas. Aunque esta propuesta haya podido sufrir algún retraso, debido las más de las veces a aquello que para la acción resulta lo más nocivo, es decir, exigencias cada vez mayores, la cosa se llevará a cabo, tal como Francia lo ha propuesto ...”.

EN MONTBÉLIARD: DEL ATLÁNTICO A LOS URALES

Después de haber evocado, así como hemos visto, el acuerdo de las dos comunidades en Argelia, el general declaró:

“Pasando por alto los horribles recuerdos dejados por el régimen odioso que ustedes conocen, nosotros pusimos, como se dice, el eslabón siguiente, y es una amistad leal lo que debemos practicar con el gran pueblo del otro lado del Rin”.

Entonces, el general de Gaulle volvió a rendir homenaje al canciller Adenauer, *“quien, para Europa, y en particular para la amistad entre Alemania y Francia, ha hecho tanto como el que más”.* Y agregó: *“Es preciso que la unión, primero, y probablemente después, la unidad de Europa, se lleven a cabo algún día con Inglaterra y el pueblo inglés...”*

“Estos pueblos y estos Estados de Europa deben, juntos, organizar la cooperación y practicarla, con vistas a formar un conjunto poderoso, atrayente, fraternal, que no puede no producir efectos en los pueblos del otro lado de la Cortina de Hierro. Esos

pueblos tienen el inmenso deseo de encontrar la forma de estar algún día con nosotros fraternalmente, como hombres que son y que somos.

“Esa gran Europa —del Atlántico a los Urales—, esa Europa, con la participación del Nuevo Mundo que es su hijo, podrá resolver entonces el problema de la miseria de dos mil millones de hombres de los países subdesarrollados.

“Ése es el papel, ésa es la misión, ésa es la política de Francia.

“Es una labor inmensa y para poder llevarla a buen término hay que ser un pueblo que no se divide, no se reparte, sino que permanece unido para el bien común”.

EL GENERAL DE GAULLE: LE HEMOS DADO VUELTA A LA PÁGINA

En el discurso que pronunció en Montbéliard el 18 de junio, el general de Gaulle dijo:

“El problema argelino, en lo que a Francia se refiere, lo hemos arreglado, y lo hemos hecho mediante los acuerdos de Evian. Dentro de quince días se realizará la gran consulta argelina. Argelia tomará en sus manos su destino, y lo hará en cooperación con Francia.

“Después de lo que pasó, esto es una especie de prodigio, y estoy convencido de que la historia dirá que es un gran éxito francés y argelino.

“Creo estar en posibilidad de decirles que la de hoy es quizá una jornada decisiva para el acuerdo de las dos comunidades. Creo estar en posibilidad de decirles que europeos y musulmanes están entendiéndose al final de los finales, y que, apartando y dejando en cuenta a algunos criminales que quedan, van a entenderse para construir juntos la nueva Argelia.

“Esta Argelia va a vivir y a desarrollarse en cooperación con Francia. Ésa es la dirección correcta. Le hemos dado vuelta a la página. Quedan muchas otras por escribir y que representan la misión de Francia en el mundo”. ❧

2. ESTE DRAMA PUEDE TODAVÍA TERMINAR RAZONABLEMENTE*

Raymond Aron

PERO HAY QUE CONVENCER, TRANQUILIZAR, CONVERTIR

La primera de las dificultades con la que nos toparemos en Evian probablemente será ésta:

Los negociadores franceses querrán obtener lo más rápido posible un alto el fuego. El GPRA,¹ por su parte, no aceptará un alto el fuego sin formular un número importante de exigencias precisas, que tienen que ver primero con su representatividad.

Si no, el FLN² podrá decir: puesto que no soy el gobierno de Argelia, ¿cómo puedo involucrarme en este tema, así como en el del régimen final de Argelia?

Así, de manera casi paradójica, para obtener un acuerdo sobre el régimen final, el gobierno francés debe otorgar al FLN lo que éste le pide desde hace tanto tiempo y que el gobierno le negaba.

Si se supera esta dificultad, puede esperarse un acuerdo sobre un régimen transitorio en Argelia, que no haría juicios previos sobre el régimen definitivo. Pero en este caso surge una dificultad: ¿cómo podemos concebir, materialmente, la instalación en Argelia de un gobierno mixto FLN-Francia?

Podría quizá concebirse en una pequeña ciudad de la región de *Algérois*,³ fuera de Argel. Porque no veo cómo el ejército francés podría garantizar de la noche a

* Los textos de Aron y de Amrouche aparecieron en *Candide*, 18-25 de mayo de 1961.

¹ GPRA: Gobierno Provisional de la República Argelina

² FLN: Frente de Liberación Nacional

³ *Algérois*: región central de Argelia, que corresponde al primer departamento de Argel.

la mañana la seguridad de un gobierno mixto –nacional-francés– en Argelia, en el actual estado de desesperación y exasperación de la población francesa.

Pienso que la gente del FLN es lo bastante inteligente para entender que la verdadera solución está en admitir en este gobierno a auténticos representantes de los *Pieds Noirs*.⁴ Incluso se correría el riesgo, si se elige a europeos liberales, de que sus compatriotas los consideraran traidores.

Sin embargo, por paradójico que pueda parecer, un gobierno en el que se co-dearan extremistas franceses y FLN no es algo inconcebible.

El día en que los europeos se encuentren ante un alto el fuego no estoy seguro de que no vayan a decirse: debemos jugar la carta de la asociación.

Admitiendo que estos obstáculos se eliminen, dos dificultades siguen siendo considerables. Una de ellas es el Sahara, y la otra son los problemas de defensa. No hay que cerrar los ojos ante el hecho de que una fracción del FLN se siente atraída hacia el Este.

Cuando los nacionalistas argelinos comenzaron su revolución, situaban su acción en un marco definido por Francia, de un lado, y por Argelia, del otro.

Hoy han pasado cerca de siete años; el contexto se ha vuelto mundial; los dirigentes del FLN saben perfectamente lo que representan en el tablero internacional. Si desde ahora otorgan posibilidades, facilidades de defensa a Francia, corren el riesgo de enfrentarse directamente con sus amigos soviéticos.

Estos amigos soviéticos no se oponen a una paz mediante la negociación, pero desean que la Argelia independiente sea neutralista.

La situación sería distinta si, como era mi deseo, hubiera sido posible entenderse con el FLN antes de que éste se fuera de viaje a Moscú y a Pekín.

Cuando se examinan las relaciones entre la población argelina y la población de origen europeo, no puede olvidarse que un 80% de los cuadros económicos y sociales son franceses. El resultado inevitable de esto es que todas las medidas de revolución social contra los privilegiados tendrán a los ojos de los franceses el carácter de medidas contra la minoría francesa. Sin duda se requerirá, por ejemplo, para realizar una reforma agraria necesaria, expropiar a un gran número de propietarios franceses, como ocurre en Túnez o Marruecos.

⁴ *Pied Noir*: francés que vivía en Argelia antes de su independencia.

La operación será más difícil para las empresas industriales, para los cuadros de funcionarios. Sé muy bien que una de las transformaciones que tuvieron lugar durante la guerra, y que el general de Gaulle aceleró desde 1958, fue la argelización de la función pública. Y, forzosamente, tendrá que acelerarse el día que haya un gobierno musulmán en Argelia.

Muchas medidas revolucionarias son ciertamente inevitables. Más aún, para que resulten soportables, deberán desarrollarse de acuerdo con cierto proceso y no rebasar lo que yo llamaría cierto umbral de violencia.

Admitamos que las negociaciones fracasan en un momento dado. Sería una peripecia que, en lo que a mí se refiere, lamentaría, pero no dejaría de ser más que una peripecia.

Una de las posibilidades que le quedaría entonces al general de Gaulle sería lo que se llama reagrupamiento. Pero el reagrupamiento no es tan fácil, porque se trata, por un lado, de reagrupar a los europeos de Argelia en una parte de los territorios de Argelia, y por el otro, de hacer que los trabajadores argelinos vuelvan a Argelia.

Otra posibilidad sería la continuación de la política que había esbozado el general de Gaulle: constituir una Argelia argelina sin pasar por el FLN.

Pero lo que resulta más o menos imposible de concebir, en el estado actual de las cosas, es que una vez eliminadas las bandas del FLN, se pueda retirar al ejército francés sin que la guerrilla vuelva a comenzar. Nunca hemos negado que, a condición de poner tiempo, dinero y hombres, pueda llegarse a una semipacificación de la mayor parte de Argelia. Pero ¿y después?

Porque en tanto no se pueda retirar al ejército francés de Argelia, no habrá pacificación.

Dicho esto, no hay que cerrar los ojos ante el hecho de que un fracaso sería esta vez peor que el fracaso de Melun. Para empezar porque sería el segundo. Y después porque esta vez se han suscitado muchas más esperanzas, y porque habría un grave riesgo de que ambas partes se vayan a los extremos de la exasperación y la desesperación.

Hoy existe, por parte de Francia, una voluntad de llegar a resultados que no deja lugar a dudas. Por otra parte, se tiene el sentimiento de que del lado del FLN también existe un poco más de comprensión que antes del golpe de Estado. Pero

entre los negociadores hay un millón de europeos de Argelia que pueden ejercer, en cualquier momento, una especie de veto sobre las decisiones que vayan a tomarse en Evian.

Así, es a este millón de europeos a los que hay que convencer, tranquilizar, convertir; a los que hay que llevar a reconocer la evolución inevitable de Argelia hacia una condición de Estado, dándoles o devolviéndoles la esperanza de que podrán vivir en esa Argelia argelina. Y así este drama pasional terminará razonablemente. (Comentarios recopilados por Stéphane André). 

3. LOS PERSONAJES DEL DRAMA

Jean Amrouche

Jean Amrouche, quien nació en el valle de la Suman, de padre y madre cabileños, durante mucho tiempo enseñó literatura francesa. Patrocinado por André Gide, en 1943 fundó en Argelia la revista Arche. Poeta y crítico, es conocido sobre todo por las Entrevistas, con Gide, Claudel, Mauriac, Giono, que se difundieron en la RTF,¹ en donde anteriormente todos los sábados por la noche los radioescuchas podían sintonizar su emisión: Ideas y Hombres (Des idées et de Hommes).

Al acaecer la guerra de Argelia, Jean Amrouche se pronunció de inmediato por la independencia de su país de origen.

Escritor y periodista, apasionado de la cultura francesa, la voluntad de Jean Amrouche es la de no renegar de ninguno de los componentes de los que está hecho. Destituido de sus funciones en la RTF, actualmente se desempeña como periodista independiente.

Se habla de una negociación larga y difícil. Yo creo en una negociación breve, en cuanto a lo esencial.

O bien, se tratará, en efecto, para retomar los términos del general de Gaulle del 14 de noviembre de 1959, de la *independencia asegurada* y de la *cooperación garantizada*, y todo podrá resolverse en algunos días, con la decisión de Francia y el FLN² de construir juntos el Estado argelino soberano; o bien, la conferencia durará mucho, y la guerra se reactivará con nuevos costos.

Esto depende mucho de las partes que intervienen en el debate, de lo que llamaré los *personajes del drama*:

¹ Radio-Télévision Française

² FLN: Frente de Liberación Nacional

EL ANIMADOR

Comencemos por aquél cuya estatura domina a los otros actores: el general de Gaulle. Él fascina, atrae, al mismo tiempo que sobre muchísimos ejerce una singular repulsión. Ningún jefe de Estado francés fue más aplaudido que él.

El hecho de que él representa con grandeza, con gloria, a Francia en tanto entidad mítica, nadie lo discute, pero el pueblo, cada hombre del pueblo, ya sea de derecha o de izquierda, no se reconoce en él, porque nadie puede, sin hacer el ridículo, identificarse con el general de Gaulle. Esta estatua de la Isla de Pascua, que además habla, es un monstruo de una excesiva extrañeza, un conjunto anacrónico, fuera del tiempo, y futurista.

De Gaulle asume a Francia entera, totaliza su pasado desde los orígenes, toma su lugar entre las figuras de leyenda, dominándolas, y no obstante vive en la era nuclear y obliga al presente a irrumpir en el futuro.

Entre los humanos de formato común y él, una distancia infranqueable prohíbe la familiaridad, la comunión, como entre Moisés y su pueblo. De ahí la incompatibilidad de temperamento entre el hombre del Destino, catalizador de las fuerzas históricas, y la democracia, en la que el acto individual no se plantea, en forma anónima, más que mediante delegación de la multitud, y no es sino un fragmento indiferenciado de la acción colectiva.

Ahí donde las masas actúan por medio de sus representantes, de Gaulle las hace actuar en función de un propósito que no conciben, y que él proyecta frente a él, como una visión de profeta, con distancia y arrogancia; incluso cuando se mezcla con el pueblo, se hace pueblo por medio del lenguaje.

El hecho de que esta visión tome forma aquí y ahora, en el movimiento de los acontecimientos contingentes, de que la expresión y las modalidades vayan modificándose según la oportunidad, la coyuntura o la relación momentánea de fuerzas, es quizá, y más aún que el orgullo que lo protege contra los errores de la desmesura, lo que menos se le perdona.

Al estudiar, sin prejuicio, la política argelina del general de Gaulle, al observar la continuidad del propósito, no puede uno sino quedar convencido de que procede con un plan concertado.

Pero a nadie le interesa exponer este plan en toda su claridad, porque a cada quien le interesa menos comprender, conocer y difundir la verdad, que justificar *a posteriori* sus fracasos y sus errores, incluso sus crímenes.

De Gaulle es el proceso viviente del régimen de partidos. Por eso se entiende que los hombres de partido, aunque fuesen los de un partido gaullista que ni con mucho existe, se esmeren en reducir sus méritos. Pero él mismo no reveló su plan por adelantado. No por desdén “biológico”, por alergia respecto de las prácticas de la democracia, como lo acusan, sino por razones que no tienen que ver con el misterio maquiavélico; de Gaulle no quiere ser el profeta que predica en el desierto, él quiere decir y hacer al mismo tiempo.

Ahora bien, todo proyecto de la mente, determinante al mismo tiempo que determinado, no puede tomar cuerpo en la historia, ubicarse en el acontecimiento, más que si las circunstancias resultan favorables.

El gran propósito gaullista, salvar a Francia liberándola de las servidumbres coloniales condenadas, y, correlativamente, aceptar, provocar y conducir la emancipación de los pueblos sometidos, no debía revelarse en el lenguaje más que a medida que fuera realizándose en actos.

Si no, demasiadas fuerzas conservadoras por naturaleza, ligadas a intereses poderosos o a doctrinas políticas estancadas en ortodoxias intolerantes, lo habrían podido hacer abortar combinando sus esfuerzos.

Nacionalista a su manera, liberal por fidelidad a los valores que encarna Francia, hombre de izquierda pero de estilo aristócrata, de Gaulle no rechaza en absoluto a ningún partido francés, ni siquiera al Partido Comunista, puesto que son fuerzas históricas reales, pero no actúa sino en la perspectiva de una resultante: el concepto de unidad nacional que es una visión política apoyada en una realidad mística, la de una Francia que trasciende a todas sus encarnaciones temporales, que existe previamente a toda forma social pasajera, pero que siempre queda por descubrirse, por llevarse a cabo en un devenir ininterrumpido.

LAS PRECAUCIONES NECESARIAS

Entonces, era necesario, al día siguiente del 13 de mayo, mientras se disponía a llevar una política de izquierda para las regiones de ultramar, incluida Argelia,

que de Gaulle no se descubriera prematuramente. Combatido por toda la izquierda, por razones en las que los motivos confesables están mezclados con prejuicios, odios personales, malos cálculos e hipocresía, de Gaulle primero tenía que asentar y asegurar su poder, esperar a que llegara el tiempo en el que pudiese actuar con libertad.

En cuanto a la derecha nacionalista, a la manera del señor Georges Bidault o del señor Roger Duchet, y en lo que se refiere al ejército y a los franceses de Argelia, me parece sorprendente que, en cuanto pronunció el discurso del *Forum*, no hayan comprendido que de Gaulle no era, no podía ser, su hombre.

Francia, salvo algunos miles de resueltos partidarios de la descolonización, no tenía la madurez para admitir como necesaria e inevitable la independencia de Argelia. Había que ir la acostumbrando progresivamente a esta idea.

Y es eso lo que hizo de Gaulle, de expresión en expresión, en cada uno de sus discursos, interpretando cada vez el acontecimiento en la misma medida en que provocaba los siguientes, los creaba, o simplemente los hacía surgir con el llamado de sus palabras.

No hay uno solo de sus discursos, una sola de sus conferencias de prensa, incluso los más desconcertantes, abruptos y “retrógrados”, que, en lo referente a la tragedia argelina, no marque un avance sobre los precedentes.

Al respecto, nunca hubo retrocesos. La prueba *mediante los textos* es fácil de realizar.

Toda la “hipocresía” del general de Gaulle cabe en la dialéctica del decir y el hacer, de la expresión y la acción, y en la necesidad en la que se encuentra el hombre responsable de llevar la cuenta más exacta de las resistencias que debe derribar o esquivar.

DE GAULLE QUIERE CONSERVAR A FRANCIA

Pero un gran hombre es un enigma irritante para quien, incluso cuando se da el trabajo de intentar comprender, no puede aparecer sino como una suma de contradicciones irreductibles a una unidad de composición, o como una ecuación simplificada a la que previamente se le han extraído términos esenciales.

Al final de este análisis, que en sí mismo es sumario, lo que se desprende es una paradoja en forma de desafío: de Gaulle, quien quiere apasionadamente *conservar* a Francia, e incluso acrecentar su poder y su irradiación, se esfuerza al mismo tiempo por despojarla de un imperio en jirones, de una túnica de Neso que la vuelve torpe y pone trabas a su andar.

Salvar a Francia es liberarla materialmente, pero aun más moral y políticamente, de la servidumbre y el pecado coloniales. Para ello es necesario trasvasar el vino nuevo a odres nuevos, la Francia imperialista debe morir por sí misma con el fin de volver a nacer, renovada, y Argelia debe acceder a la soberanía interna y externa, a la independencia.

Según yo, no basta con decir: “De Gaulle consiente la independencia de Argelia”. Él la llama, la desea, la quiere.

Hace mucho que sabe lo que es el FLN respecto del pueblo argelino. No lo ha dicho por completo, y quizá no haga que sus mandatarios lo digan en Evian. Sin embargo, no se discutirá lo que de antemano se reconoce: el principio de que la república argelina se erija en Estado soberano.

Se discutirá de las transferencias de competencias, de los arreglos prácticos que habrá que considerar para desenmarañar situaciones confusas y para conciliar las exigencias de tales o cuales intereses. No llegaré a sostener que de Gaulle se preocupa de la suerte de los argelinos como si él mismo fuese argelino –aunque tal preocupación humana, por paternalista o fraternal que pueda parecer, no le resulte ajena–, pero diré que quiere la independencia de Argelia porque es necesaria para la liberación de Francia.

EL FLN

Hoy pocos hombres tendrán la siguiente opinión; no obstante, la declaro sin esperar de ninguna manera que la compartan, porque los hombres que tomarán asiento frente a los representantes franceses, y que están cubiertos con una coraza de desconfianza y resentimiento, ya han tomado partido de antemano.

La generosidad, las singulares virtudes de estadista del general de Gaulle más bien empeorarían su caso, volviéndolo un adversario más temible, más inquietante que cualquier otro.

Entre él y sus interlocutores argelinos hay malentendidos que forman una especie de masa refringente a través de la cual las palabras más claras sufren sorprendentes deformaciones.

Y es de temerse que los errores de interpretación, que las desconfianzas más paralizantes no provengan de los argelinos más alejados de Francia, de los menos preparados para el suave juego diplomático, sino de los argelinos expertos desde hace años en las prácticas de la lengua y el razonamiento franceses.

Para dar cuenta de esta situación se requeriría un largo y minucioso análisis. Sin simplificar en exceso las cosas, digamos que los héroes, surgidos del pueblo, formados en el combate, siguen estando por completo imbuidos de una mentalidad caballeresca.

Para ellos, la independencia política, la restitución con absoluta soberanía de Argelia al pueblo argelino es lo esencial. Que se restituya al Ejército de Liberación argelino el honor que se le debe, que termine la guerra en la forma en que debe terminar, por consentimiento mutuo, y entonces la amistad podrá volver a florecer sobre las ruinas, y sobre las tumbas de las víctimas.

No tienen problema en entrar al debate global relativo a la independencia real o nominal. Pero este punto parece tener, para ellos, por el momento, una importancia secundaria.

El diálogo con la Francia representada por de Gaulle es para ellos más leal y más seguro que con cualquier otro jefe de gobierno.

LA DESCONFIANZA DE LOS POLÍTICOS

Los políticos, algunos de los cuales han pertenecido a asambleas parlamentarias, añaden a la desconfianza “argelina” las suspicacias antigaullistas de la izquierda francesa. Como no conocen mucho a de Gaulle, por haber frecuentado poco sus escritos y por haberse formado en una escuela de ideologías más o menos impregnadas de marxismo, les dan menos valor a los sentimientos –al menos así lo creen– que a los hechos.

La descolonización provoca en ellos un impacto tanto más violento cuanto que fueron grandes su apego mental a las técnicas de pensamiento francesas y su apego afectivo al estilo de vida francés. Hay que pensar que van a mostrarse

particularmente puntillosos, y que será difícil desarmarlos. Para cada uno de ellos, la desalienación, la purga de los complejos y la desmitificación constituyen una prueba dolorosa.

Se requerirá muy largo tiempo, y las lecciones de la experiencia, para que logren constituir en ellos una imagen de Francia que no se confunda con la máscara del colonialismo. La curación de estas almas profundamente heridas les llegará primero de la libertad y de la responsabilidad conquistadas, del enfrentamiento con los problemas prácticos que planteará la vida de la Argelia independiente, pero también de la Francia liberada y de los franceses que otorgarán a los argelinos una ayuda desinteresada y leal.

¿Y estos hombres, en quienes recae todo el porvenir de un pueblo, marcados por el sufrimiento, la muerte y la tortura de sus familiares, por el exilio, el campo de internamiento y la cárcel, sobreexcitados por lo que no nos queda sino llamar una libertad comprada a un altísimo precio, lograrán dominar dicha victoria, se sobrepondrán a la amargura y al resentimiento? En lo que respecta a la misma Francia y al pueblo francés, esto no deja la menor duda.

Les tenderán fraternalmente la mano. Es muy fuerte la apuesta en la amistad francoargelina, y están muy bien plantadas sus raíces en lo real como para que se muestre uno pesimista. Pero están el Ejército y los europeos de Argelia, que también son personajes del drama.

EL EJÉRCITO DE ARGELIA

Todo se ha dicho respecto de él. Ha vivido con una mitología arcaica como fondo. Se ha inventado –con gran cantidad de recetas chinas– una misión: hacer por sí mismo, construir con sus manos, una Argelia nueva, un pueblo argelino, integrado al pueblo francés. La mística de la integración, improvisada a toda prisa para cerrarle el paso al porvenir de la independencia, ha durado mucho. La dignidad es inseparable de la existencia de una patria reconocida y respetada.

La derrota política, e incluso ética, trae como consecuencia, quierase o no, una derrota militar, o por lo menos una retirada militar.

Estoy empleando aquí una terminología que no me agrada y que juzgo inadecuada. La verdadera derrota no la ha sufrido el ejército francés sobre el terreno,

en donde la cantidad de efectivos y la capacidad de fuego son decisivos. Era algo ya adquirido de antemano. Se consideraba disponible al pueblo argelino, todavía en el limbo, como una manada de humanos sin conciencia nacional. El acontecimiento invalidó este juicio.

La guerra no podía ganarse con la fuerza de las armas ni con los furores de la represión, a menos de que se exterminara a todo un pueblo.

Desembocando en la nada, extenuándose vanamente en someter a unos maquis que perpetuamente renacen de las cenizas, el ejército francés de Argelia, sintiéndose condenado a desaparecer con el fin del último conflicto colonial, se sintió invadido por el vértigo. Quiso con toda fuerza tener la razón contra el mundo entero y contra la nación francesa misma.

Las peripecias del drama abierto entre la nación francesa y su ejército se desarrollarán aún por largo tiempo. Pero la amenaza que se cierne sobre el poder político, que ha decidido terminar con la guerra de Argelia, aparentemente ha quedado conjurada. No hace mucho la mención de la palabra *negociación* bastó para que estallara en dos ocasiones el aparato militar, contaminado con la mentalidad sudista.

LOS SUDISTAS DE ARGELIA

Por lo pronto, no han hecho ninguna cita. Urdieron con sus propias manos la trampa en la que cayeron. Ellos, que poseyeron Argelia, han dejado de ser, por un tiempo imposible de medir, sujetos de su historia, para no ser sino objetos de discusión, ya que se han apartado de la búsqueda de la paz para elegir la guerra indefinida.

La otra noche, los espectadores de la televisión francesa pudieron *palpar* un dolor verdadero. Una sombra se arrancaba, entre hipo y lágrimas, una confesión totalmente desnuda. No dijeron su nombre ni mostraron su rostro. Simplemente dijeron que esa sombra era un médico "*piéd noir*", nada presuntuoso, de Argelia.

¿Qué angustia estaba revelando, de pronto, ahí, en esos millones de hogares? No era el temor de perder una posición o la vida, sino aquél al que lo arrojaba, de repente *desunido*, fuera del tiempo y del espacio humanos, el riesgo de mañana encontrarse *apátrida*, en Francia, o incluso en Argelia.

Pero, muy suavemente, le haré ver a esta sombra desdichada, a este médico “*pied noir*” que se siente amenazado de perder la corona de honor sin la cual la desencantada vida pierde sabor y refulgencia, que ni por un segundo se le ocurre, que no se le ha ocurrido jamás, que el exilio y la carencia de patria, a los que teme hasta el punto de perder la razón y sollozar como un rey desnudo, eran precisamente la condición a la que se encontraban confinados los argelinos por el régimen colonial.

Allí está, en la misma situación que sus compatriotas musulmanes, y no muy lejos, si lo desea, de comulgar con ellos en la misma desgracia de la que puede surgir una misma esperanza; allí está, no muy lejos de compartir su suerte, de comprender que existen, que son, porque se vuelve su igual, primero por el cruel desposeimiento del que será víctima, como lo fue el musulmán, y segundo por el reconocimiento y la apropiación de su única patria real: la Argelia libre.

Porque sin duda se trata, y esto les concierne a todos los argelinos, de lo siguiente: hacer de la patria argelina una patria humana, purgada del colonialismo y del racismo, donde bajo el mismo cielo, sobre la misma tierra áspera y suave, en el murmullo del mismo viento venido del mar o del desierto, todos los exiliados, todos los apátridas de ayer se esfuercen en enterrar juntos los negros recuerdos y en sembrar juntos la esperanza, la fe, la libertad y la vida.

Para que la diminuta paja se ponga a brillar como la Estrella de los Magos, bastaría con que la sombra conjurara los maleficios del orgullo y la vanidad con los que todo “*pied noir*” está hinchado, que saliera en definitiva de la infancia mental para entrar en la edad adulta, y que abra los ojos ante las realidades del mundo.

TESTIMONIOS DE RESERVISTAS

Su queja aflige por partida doble. Porque es dolorosa, y todo auténtico dolor exige compasión. Y porque es el testimonio de una extraña pobreza de la mente y de la voluntad.

La sombra, en efecto, no dice: “Me equivoqué en cuanto a mí mismo y en cuanto a mi situación”. Dice: “Nos traicionaron, nos engañaron. Y estamos aquí solos en el abandono. El ejército mismo, con el que contábamos, nos deja. No nos queda sino la desesperación, y la rabia”.

¿Cuándo, pues, la sombra, que tiene una sed mortal de que la comprendan, hizo el mínimo esfuerzo de comprender a los demás? No, ella se pretende medida de la verdad argelina, y de la verdad francesa, y parangón del patriotismo. La idea de que Francia, la verdadera, la de Europa, pudiera ser ella misma, y de que su mitología se compusiera de imágenes distintas a la gorra del mariscal Bugeaud,³ que fuera diferente a la caricatura sublime e irrisoria que se hacía de ella, estaba tan alejada del médico como la idea de la propia existencia de los “indígenas”.

“Nunca nos explicaron...”. ¿Pero qué puede explicarse a quien no quiere y nunca ha querido escuchar nada? Conozco a un hombre de rigurosa honestidad, que no posee ni un olivo ni una cepa, a quien un día su hija quiso abrirle los ojos. Le hizo llegar, en un sobre, el folleto *Testimonios de reservistas (Des rappelés témoignent)*. No se tomó el trabajo de leerlo, lo arrojó al fuego, y la amenazó por carta, si reincidía, con denunciarla a la policía. Sin embargo quería a su hija, y su hija lo quería a él...

Así, en el seno de las familias más unidas, esta guerra planta una discordia absoluta, en la que resulta difícil hacerle un lugar, por más pequeño que sea, a la razón.

A la gran mayoría de estos sudistas, y más a los modestos que a los que poseen grandes fortunas, los tiene sitiados un extraño mal. No aceptan servir a ninguna patria, ni a la argelina, en la que no quieren creer, ni a la francesa, que en verdad les resulta más extraña que a los argelinos.

Sin embargo, quieren ser, pretenden ser Francia en Argelia, y se rehúsan a ser franceses como los demás en Francia, o franceses en una Argelia independiente, como los hay por decenas de miles, y que no vienen a menos, en Marruecos o en Túnez, o finalmente argelinos como todos los demás en Argelia. Lo que quieren es reinar sobre Argelia en nombre de Francia, y que Francia se someta a su ley.

Son niños, en lo que se refiere a la edad mental, niños infelices como todos los niños mimados. Entonces pasan de la desesperación al enojo, pero no se contentan con patear y romper platos. Les dieron armas y explosivos.

Y juegan con ellos.

Eso hace mucho daño.

³ Tomás Bugeaud (1784-1849). Mariscal de Francia y duque de Isly, que contribuyó poderosamente a consolidar las conquistas de Francia en Argelia, de la que fue gobernador. (N. del T.)

HAY QUE DESTRONAR A LOS “PIEDS NOIRS”

Esto no lo he escrito por gusto. La desgracia es la desgracia y la desesperación de los europeos de Argelia, por más injustificada que me parezca, no es una farsa. He sufrido lo suficiente sintiéndome aparte, desarraigado en todas partes, para poder comprender y compartir la angustia de la sombra que hablaba en la pantalla de la televisión.

Odio el odio, y creo que los hombres están hechos para vivir en el amor. Pero la piedad no sería consuelo de nada, y les parecería la peor injuria a unos hombres que hicieron de la violencia viril un ídolo irrisorio.

Más vale, es más humano, procurar instruirlos sobre su situación. Tanto peor si no reciben bien la lección que no quisieron darse ellos solos.

Al menos puedo decirles que sus temores son vanos. Nadie está resentido con su vida, nadie piensa en expulsarlos de un país que, al dejar de ser su posesión, puede volverse su patria. Tienen la seguridad de poder elegir libremente su suerte.

El gran pueblo de Argelia quiere la justicia para todos, incluidos los argelinos de origen europeo. Estos últimos, en su gran mayoría, confunden el mantenimiento de sus privilegios reales o míticos con la justicia que se les debe. Ya es hora de que los desengañen.

Una inmensa tarea espera a todos los hijos de Argelia. Es una obra de justicia y de fraternidad. Estas palabras, las más hermosas, han sido mancilladas y envilecidas.

El pueblo argelino ha tomado las armas para que éstas dejen de ser letra muerta, en tierra argelina. Ha vencido a la injusticia. Una esperanza de verdadera fraternidad se levanta sobre la Argelia lastimada.

Sé bien que la sangre no ha dejado de correr, y que los ecos de esta guerra atroz retumbarán largo tiempo de un lado a otro del mundo. Pero las llagas se cerrarán al pasar el tiempo, la sangre se secará, los fuegos del odio y del resentimiento se apagarán. La causa del Hombre prevalecerá sobre la miseria, el desprecio, la humillación, sobre aquello que niega al hombre y que lo mata. ❧